

CÓMO LEER POESÍA

Everything significant in my adult life has happened in New York. I owe it so much.

My last apartment in New York. 183 Pinehurst Avenue, near Washington Heights. It was from here that I drove to see my daughter graduate from high school. All like a dream.

I bicycled from my apartment at 103rd and Riverside Drive to the World Trade Center disaster site every day for three months and wrote about what I saw. Fall, 2001. My beautiful daughter, Becky, was born at Lenox Hill Hospital, October 23, 1993.

In the thirty years I lived in New York, I walked its streets day in and day out, getting to know it as I would a friend. Which is was. I wrote my first book, French Dirt, at 29 West 28th Street, in a friend's loft, 1990.

111 East Tenth Street. My first New York City apartment. 1975-1978. A dream of a little one-bedroom on a gorgeous street.

POETAS EN NUEVA YORK

CONTENIDO

I. LLEGADA

- Aurora, Federico García Lorca / 5
- En el río del subway, Enrique Lihn / 6
- New York at night, Jorge Carrera Andrade / 7
- Llegada a Grand Central, Dionisio Cañas / 8

II. PLENITUD

- Fragmento segundo, Juan Ramón Jiménez / 9
- Ciudad sin sueño, Federico García Lorca / 10
- Y ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn, Luis García Montero / 12
- Hipermanhattan, Enrique Lihn / 13
- Mi Poesía, José Martí / 14
- Oración en Columbia University, José Hierro / 15
- De nuevo aquí, después de tanta sangre, Rafael Alberti / 18
- Poema 29, Manuel Ramos Otero / 19

III. DESPEDIDA (MUERTE)

- Oda a Walt Whitman, Federico García Lorca / 23
- Farewell from Welfare Island, Julia de Burgos / 27
- Pena de extrañamiento, Enrique Lihn / 28
- Vida, José Hierro / 31

I. LLEGADA

AURORA

Federico García Lorca

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

EN EL RÍO DEL SUBWAY

Enrique Lihn

Nunca se ve la misma cara dos veces
en el río del subway
Millones de rostros planctónicos que se hunden en el centelleo de la oscuridad
o cristalizan al contacto de la luz fría
de la publicidad
a un extremo y otro de lo desconocido.

NEW YORK AT NIGHT

Jorge Carrera Andrade

In the darkness New york displays
Its stairways to the sky
And its rivers with their torches.

Its windows are crucibles
Where men's hopes
Are converted into light.

LLEGADA A GRAND CENTRAL

Dionisio Cañas

Esa imagen borrosa que nos persigue
 pegajosa como un día húmedo del verano
 en que las nubes reprimen sus aguas
 y el aire se hace espejo del pasado
 Ese ser que vuelve subrepticamente
 nos ocupa y nos hace hablar con otros
 sin saber muy bien por qué decimos
 o por qué no decimos algo

Así

el acantilado de los edificios se levanta
 desde las calles de Manhattan

Cada unos adueñándose de su luz

y la tarde se hace eco de las horas
 Caminar estar quieto alzar los ojos
 hasta las cornisas

o las aristas de aquellos edificios

Sentirse tocado por la primera gota
 de un aguacero que vendrá a refrescarnos
 a recordarnos lo vulnerable de los días
 a mojarnos con alegría y a dejar
 más tarde un olor a asfalto húmedo
 y una idea de que todo puede

empezar

desde el momento en que la lluvia
 cese

II. PLENITUD

FRAGMENTO SEGUNDO

(*Cantada*)

Juan Ramón Jiménez

“Y para recordar por qué he vivido”, vengo a ti, río Hudson de mi mar. “Dulce como esta luz era el amor...” “Y por debajo de Washington Bridge (el puente más con más de esta New York) pasa el campo amarillo de mi infancia”. Infancia, niño vuelvo a ser y soy, perdido, tan mayor, en lo más grande. Leyenda inesperada: “dulce como la luz es el amor”, y esta New York es igual que Moguer, es igual que Sevilla y que Madrid. Puede el viento, en la esquina de Broadway, como en la Esquina de las Pulmonías de mi calle Rascón, conmigo; y tengo abierta la puerta donde vivo, con sol dentro. “Dulce como este solo era el amor.” Me encontré al instalado, le reí, y me subí al rincón provisional, otra vez, de mi soledad, y de mi silencio, tan igual en el piso 9 y sol, al cuarto bajo de mi calle y cielo. “Dulce como este sol es el amor.” Me miraron ventanas conocidas con cuadros de Murillo. En el alambre de lo azul, el gorrión universal cantaba, el gorrión y yo cantábamos, hablábamos; y lo oía la voz de la mujer en el viento del mundo. ¡Qué rincón ya para suceder mi fantasía! El sol quemaba el sur del rincón mío, y en el lunar menguante de la estera, crecía dulcemente mi ilusión queriendo huir de la dorada mengua. “Y por debajo de Washington Bridge, el puente más amplio de New York. Corre el campo dorado de mi infancia...” Bajé lleno a la calle, me abrió el viento la ropa, el corazón; vi caras buenas. En el jardín de St. John the Divine, los chopos verdes eran de Madrid; hablé con un perro y un gato en español: y los niños del coro, lengua eterna, igual del paraíso y de la luna, cantaban, con campanadas de San Juan, en el rayo de sol derecho, vivo, donde el cielo flotaba hecho armonía violeta y oro; iris ideal que bajaba y subía, que bajaba...” “Dulce como este sol era el amor.” Salí por Ámsterdam, estaba allí la luna (Morningside); el aire ¡era tan puro! Frío no, fresco, fresco; en él venía vida de primavera nocturna, y el sol estaba dentro de la luna y de mi cuerpo, el sol presente, el sol que nunca más me dejaría los huesos solos, sol en sangre y él. Y entré cantando ausente en la arboleda de la noche y el río que se iba bajo Washington Bridge con sol aún, hacia mi España por oriente, a mi oriente de mayo de Madrid; un sol ya muerto, pero vivo; un sol presente, pero ausente; un sol rescoldo de vital carmín, un sol carmín vital en el verdor, un sol vital en el verdor ya negro, un sol en el negror ya luna; un sol en la gran luna de carmín; un sol de gloria nueva, nueva en otro Este; un sol de amor y de trabajo hermosos; un sol como el amor...” “Dulce como este sol era el amor.”

CIUDAD SIN SUEÑO
(Nocturno del Brooklyn Bridge)

Federico García Lorca

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Hay un muerto en el cementerio más lejano
que se queja tres años
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.
Pero no hay olvido, ni sueño:
carne viva. Los besos atan las bocas
en una maraña de venas recientes
y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso
y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día
los caballos vivirán en las tabernas
y las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.

Otro día
veremos la resurrección de las mariposas disecadas
y aún andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.
¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,
hay que llevarlos al muro donde iguanas y sierpes esperan,

donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del niño
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Pero si alguien cierra los ojos,
¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!

Haya un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
Ya lo he dicho.
No duerme nadie.
Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes,
abrid los escotillones para que vea bajo la luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

Y AHORA YA ERES DUEÑO DEL PUENTE DE BROOKLYN

Luis García Montero

*«...Una noche como ésta –dijo-, y
tiene que estar llena de muerte...»*
- Raymond Chandler

Desde Brooklyn la noche te margina. Abajo de tus pies se enciende la ciudad en dos inmensos muslos, y cada esquina espera que le llegue el orgasmo.

Estás ausente.

Pero todo discurre como si no tomaras los ojos de un viejo espiando el último reducto de los parques a oscuras.

Acechas amantes, y te amanece el cuerpo (sonámbulo casi). Y es que acaso en este punto sepas lo que eres, y tus manos contemplan aquello que prohibiste de ti mismo.

Tímidamente amigo de la muerte. ¡Aquel amanecer desde el puente de Brooklyn!

HIPERMANHATTAN

Enrique Lihn

Escrita para otros
la ciudad con sus mendigos imperiosos
y yo el analfabeto
(los hados me caparon del inglés al nacer)
por la Quinta Avenida, este río del viento
filudo de Manhattan
soy un puñado de palabras lectoras
una hoja que lee su paisaje de letras
arrastrada del viento, el azaroso.

Si el paraíso terrenal fuera así
igualmente ilegible
el infierno sería preferible
al ruidoso país que nunca rompe
su silencio, en Babel.

MI POESÍA*(Fragmento)*

José Martí

Cuando va a la ciudad, mi Poesía
me vuelve herida toda; el ojo seco
como de enajenado; las mejillas
como hundidas, de asombro; los dos labios
gruesos, blandos, manchados; una que otra
gota de cieno –en ambas manos puras
y el corazón, por bajo el pecho roto
como un cesto de ortigas encendido(...)

ORACIÓN EN COLUMBIA UNIVERSITY

José Hierro

Bendito sea Dios, porque inventó el silencio,
 y el chirrido de la chicharra,
 y el lagarto de fastuoso traje verde,
 y la brasa hipnotizadora
 (horizontal crepúsculo pudo haberla llamado
 don Pedro Calderón de la Barca en el declive del Barroco).
 Bendito sea Dios que inventó el agua,
 el agua sobre todo.

Bendito sea Dios porque inventó el amanecer
 y el balido que lo poblaba.
 Ahora vuelvo a escuchar aquella melodía.
 El arroyo arpegiaba sobre cantos rodados,
 hacía el contrapunto.
 Suena el concierto en mi memoria.
 O puede que se trate
 de una música diferente:
 la que escuchó, primero, entre los arrayanes de Granada
 Federico García Lorca,
 y luego aquí, rescatada,
 en Columbia University.

Bendito sea Dios que inventó los prodigios
 que contaba mi padre
 perfumado de espliego y de tomillo.
 Eran historias de ciudades mágicas
 en las que el agua circulaba
 por venas de metal, agua caliente y fría
 (nos lo contaba al borde del regato,
 helado en el invierno, seco en estío:
 «Venga, a lavarse, coño, guarros».
 Y obedecíamos).

Bendito sea Dios porque inventó –la cabra
 que rifaba por los pueblos–
 mucho antes que Pablo Picasso,
 con barriga de cesto de mimbre
 y tetas como guantes de bronce.
 Maldito sea Dios porque inventó el estaño

parpadeante del olivo,
 ramas y tronco de Laoconte,
 y aquella sombra trágica de catafalco y oro:
 un rayo congelado en la mano siniestra
 y en la diestra un crepúsculo.
 Maldito sea Dios porque inventó a mi padre
 colgado de una rama del olivo
 poco después de recogerse la aceituna.
 No puedo perdonárselo.
 Pero eso fue más tarde.
 Antes fueron los niños.
 Bendito sea Dios que inventó aquellos niños,
 vestidos como príncipes o pájaros.
 Con voces de cristal, «Papá», decían a su padre.
 Bendito sea Dios por inventar una palabra
 milagrosa, jamás oída,
 y su padre correspondía
 con vaharadas de ternura.

Maldito sea Dios, porque yo quise
 arrezagarme en la ternura
 pronunciando la mágica palabra
 entonces descubierta. «¿Papá?», «Mariconadas,
 si te la vuelvo a oír te llevas una hostia».

Bendito sea Dios porque inventó los años,
 1970, 1980, 1990...,
 inventó el fuego, el oro viejo
 de los arces de otoño,
 y estos ríos profundos como penas,
 largos como el olvido o el recuerdo,
 hospitalarios, generosos,
 por los que la ciudad va navegando
 hasta la mar, que es el morir.

Bendito sea Dios que inventó libros sabios.
 Se daba nombre en ellos
 a lo que antes no lo tenía.
 Bendito sea Dios porque inventó licenciaturas
 masters, campus con risas y con marihuana,
 laboratorios y celebraciones
 con cantos en latín, *gaudeamus igitur*,
 todo situado en niveles distintos del tiempo.

Bendito sea Dios que inventó la memoria
 y que inventó el silencio de este lugar aséptico,
 y las venas metálicas ocultas

en las que el agua espera
unas manos liberadoras que les devuelvan su canción.
Ahora sé que mi padre está vengado.
Mi padre, descolgado del olivo
pronuncia con mis labios las palabras totémicas,
y se estremece este recinto sagrado.
«Coño, joder, carajo, a lavarse la cara, hostias».
Y abro los grifos, lavabos, duchas, retretes,
se desbordan las aguas que él soñaba
en la choza de adobe y paja,
cantan la gloria de la recuperación,
y mi padre navega por las aguas,
le provoco, gritándole desconsolado.
«¡Papá!». «Mariconadas», me contesta,
ahogado, recuperado,
navegante por los canales de oro,
vivo ya para siempre.

DE NUEVO AQUÍ, DESPUÉS DE TANTA SANGRE

Rafael Alberti

(Nueva york, Wall Street)

De nuevo aquí, después de tanta sangre,
de tantos y de tantos más millones de muertos,
central del fuego, fragua impávida y terrible
y hasta bella y callada vista desde la altura.

Llegar hasta ti hoy como un simple viajero,
incólume y salvado de la mundial matanza,
una página en blanco, una virgen memoria
nacida una mañana posterior al olvido.

Quiero andar por tus calles de bancos y oficinas,
un vulgar transeúnte ignorante de todo,
salir de tu, dejarte como si no te he visto,
o como si te vi y no supe quién eras.

POEMA 29

Manuel Ramos Otero

Estás enamorado.
Caminas por la calle del exilio
persiguiendo el recuerdo de una niebla.
Es otra vez la hora del crepúsculo
y vuelves a detenerte en esa esquina
donde piensas que le verás pasar.
Esperas. Con el corazón en la boca.
No llega no llegará el amado.
Él nunca fue pájaro en mano
sino cuerpo tembloroso en tu camino.

Estás perdido.
En el tibio espiral de tu memoria.
Tiene catorce años, estás en Puerto
Rico y te has enamorado de un ángel.
Escribes cuentos de cuerpos con alas
escondidos en las arrugas de un lecho
bajo el polvoriento abanico de aspas.
Te ha sido dado un adelanto de muerte.
Juras que no amarás jamás,
tu escritura será la salvación o el castigo.

Retrocedes a la playa de la infancia
haces un pacto con las sirenas
visitas la cueva de tu primer orgasmo
pero las golondrinas enmudecen.
Nadie te dice adiós ni te echará de menos.
No pides ser recordado. Es tu recuerdo.
Comprendes la soledad de las arañas.
Te vas sin que el espectro del salitre
te detenga.

Cambia la luz del semáforo y cruza.
En New York se avecina una noche calurosa de otoño.
Parece que los pájaros han emigrado a las islas.

Las hojas secas se arremolinan en la cuneta.
Entras a la bodega pero él no está.
Excusas su ausencia

comprando cigarrillos y cerveza.
Una llovizna repentina
hace que aceleres el paso y llegas
hasta una iglesia clausurada.
Te sientas en los peldaños húmedos.
No han hecho cita. A lo mejor vendrá.
Estás hecho de tiempo.

Tienes miedo al amor
O a la pasión que amenaza
tu pasión por la escritura.
La soledad del verso es bálsamo seguro
de todas esas otras soledades:
John es polvo de tumba sin cadáver
Angelo es polvo de emigrante sin ruta
Angel es polvo de castillo en la arena.
Pero José es polvo sobre polvo.
Para el poeta que ama ya es muy tarde.

Estás obsesionado con la vida
tú que sólo has querido conocer
el mar y el misterio de la muerte.
Ahora te arrepientes. No hay salida.
Tú no escogiste la poesía.
La luna te volvió poeta.
Entonces, ¿a quién rezas?
No tienes religión, tienes historia:
la cruel sospecha de la repetición
que aspira libertad
y gasta su reloj buscando gloria.
Historiador del corazón que late
te bates impotente en la guerra del amor.

Te sientes naufragado.
La noche suda negra sobre la brea.

Piensas que un delirio de drogas
sería la respuesta para la soledad.
Sabes a ciencia cierta que la magia
de adormideras secas no hará un pez
de tu cuerpo en esa playa sin pescador.
Es domingo. Tienes treintiocho años
y es la víspera de algo muy tranquilo:
un voto de vejez, una piedra de paz,
ese volver a estar contigo mismo
que inevitablemente te hace otro
adentro de tu abrazo y tu cariño.

¿Cuál de los que amaste regresó
para abrazarte de la misma manera?
¿Qué se queda? Un charco en la acera
donde mirar a tu mejor amigo.

No dudes que él te amó. No mires atrás.
A lo mejor te ama desde su laberinto
y se conforma con recuerdos precisos
con el sudor de siglos que nunca se evapora
con tu cuerpo que añora en su silencio puro
con tu músculo duro derretido en su boca
con la querencia loca de otro poema tuyo
que siempre supo suyo y aprendió de memoria
con la fugaz historia de dos desconocidos
esclavos abolidos por la misma ternura
que por eso asegura que ausencia no es olvido.
Se habrán reconocido desde lejos
y se saben espejos de los que no se tocan
esos que siempre evocan la ilusión de lo eterno.

El presente es perfecto. Es todo lo que tienes.
Has descubierto el puente que da sentido al tiempo
que pensabas perdido. La prueba es el poema
que has escrito.

[En *Invitación al polvo*]

III. DESPEDIDA (MUERTE)

ODA A WALT WHITMAN

Federico García Lorca

Por el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
las poleas rodarán para tumbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,
Nueva York de alambres y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de sus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;

anciano hermoso como la niebla
 que gemías igual que un pájaro
 con el sexo atravesado por una aguja,
 enemigo del sátiro,
 enemigo de la vida
 y amante de los cuerpos bajo la burda tela.
 Ni un solo momento, hermosura viril
 que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
 soñabas ser un río y dormir como un río
 con aquel camarada que pondría en tu pecho
 un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un sólo momento, Adán de sangre, macho,
 hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,
 porque por las azoteas,
 agrupados en los bares,
 saliendo en racimos de las alcantarillas,
 temblando entre las piernas de los chauffeurs
 o girando en las plataformas del ajeno,
 los maricas, Walt Whitman, te soñaban.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan
 sobre tu barba luminosa y casta,
 rubios del norte, negros de la arena,
 muchedumbres de gritos y ademanes,
 como gatos y como las serpientes,
 los maricas, Walt Whitman, los maricas
 turbios de lágrimas, carne para fusta,
 bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos
 apuntan a la orilla de tu sueño
 cuando el amigo come tu manzana
 con un leve sabor de gasolina
 y el sol canta por los ombligos
 de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
 ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,
 ni la saliva helada,
 ni las curvas heridas como panza de sapo
 que llevan los maricas en coches y terrazas
 mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,
 toro y sueño que junte la rueda con el alga,
 padre de tu agonía, camelia de tu muerte,
 y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite
 en la selva de sangre de la mañana próxima.
 El cielo tiene playas donde evitar la vida
 y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
 Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.
 Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,
 la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
 los ricos dan a sus queridas
 pequeños moribundos iluminados,
 y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
 por vena de coral o celeste desnudo.
 Mañana los amores serán rocas y el Tiempo
 una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whítman,
 contra el niño que escribe
 nombre de niña en su almohada,
 ni contra el muchacho que se viste de novia
 en la oscuridad del ropero,
 ni contra los solitarios de los casinos
 que beben con asco el agua de la prostitución,
 ni contra los hombres de mirada verde
 que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
 Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
 de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
 madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
 del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos
 gotas de sucia muerte con amargo veneno.
 Contra vosotros siempre,
 Faeries de Norteamérica,
 Pájaros de la Habana,
 Jotos de Méjico,
 Sarasas de Cádiz,
 Ápios de Sevilla,
 Cancos de Madrid,
 Floras de Alicante,
 Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
 Esclavos de la mujer, perras de sus tocadores,
 abiertos en las plazas con fiebre de abanico
 o emboscadas en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.
Duerme, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

FAREWELL FROM WELFARE ISLAND

Julia de Burgos

It has to come from here,
right this instance,
my cry into the world.
The past is only a shadow emerging from
nowhere.

Life was somewhere forgotten
and sought refuge in depths of tears
and sorrows;
over this vast empire of solitude and darkness.
Where is the voice of freedom,
freedom to laugh,
to move
without the heavy phantom of despair?
Where is the form of beauty
unshaken in its veil, simple and pure?
Where is the warmth of heaven
pouring its dreams of love in broken
spirits?

It has to be from here,
right this instance,
my cry into the world.
My cry that is no more mine,
but hers and his forever,
the comrades of my silence,
the phantoms of my grave.

It has to be from here,
forgotten but unshaken,
among comrades of silence
deep into Welfare Island
my farewell to the world.

PENA DE EXTRAÑAMIENTO

Enrique Lihn

No me voy de esta ciudad con la resignación de los visitantes en tránsito
 Me dejo atar, fascinado por ella
 a los recuerdos del presente:
 cosas que no tuvieron, por definición un futuro
 pero que, ciertamente, llegaron a envejecer, pues las dejo a sabiendas
 de que son, tal vez, las últimas elaboraciones del deseo
 los caprichos lábiles que preanuncian la vejez.

En una barraca, cerca de Nueva York, el martillero liquidó el saldo de su negocio
 –un stock de fotografías antiguas–
 ofreciéndolas a gritos en medio de la risotada de todos:
 “Antepasados instantáneos”, por unos centavos
 Esos antepasados eran los míos, pues aunque los adquirí a vil precio
 no tardaron, sin duda, en obligarme a la emoción
 ante el puente de Brooklyn
 como si Manhattan, que se enorgullece de volatilizar el pasado
 conservándolo en el modo de la instigación a desafiarlo
 fuera mi ciudad natal y yo el hijo de esos antiguos vecinos de los que la voz gutural
 hace irrisión, y el martillo.

No me voy de esta ciudad sin haber amado aquí
 a la mujer que conocí y no conocí ni haber agotado la vida conyugal
 reflotando en el negocio de plantas o antigüedades.

La isla dispone de fantasmas artificiales
 con que llenar los huecos de la contra-historia
 Ellos ocupan en la memoria, con la naturalidad que ésta se permite en relación a la nada
 el lugar de los verdaderos ausentes: caras que vi en las bouffoneries del Soho
 directement angeliques: esas muchachas caídas de la luna a la nieve
 vestidas de pierrot y sus acompañantes andróginos
 fueron y no fueron mis amigos de juventud
 Se congelan lágrimas que son de frío
 pero que memorizan, asimismo, a John Lennon
 Reconozco la nieve de antaño, que cae
 sobre Blecker Street en este día acrónico
 mientras se hace de noche a la velocidad simultánea del vuelo de un murciélago
 y pasan películas de mi tiempo en mi barrio.

Como si me retuviera algún negocio en la ciudad
 veo a Cary Grant e Irene Dunne
 que acaban de morir en una vieja comedia
 víctimas del capricho de uno de los primeros automóviles deportivos
 (la máquina del glamour)
 Sigo sus apariciones y desapariciones
 –una cita de Melies en la magia blanca y sonora de Hollywood–
 la sorpresa de esta pareja en otro tiempo ideal
 cuando el paisaje se espejea en ellos –los transparentes– por gracia del celuloide.

Como mis propios fantasmas, esos figurines inverosímiles
 evocan, de manera en sí misma realista, alguna época acrónica de lo imaginario
 Son los antepasados instantáneos de los deseos que provocan
 en la inocencia total de sus reencarnaciones o desplazamientos
 desde su absoluta lejanía en blanco y negro
 El beso final no ocurre en la pantalla
 sino entre la pantalla y la media luz de la sala
 un corte insubsanable en que se juntan y se besan el presente y el pasado: labios incompatibles
 que ninguna comedia puede reunir.

Lo que me ata a la ciudad es todavía más irreal que ese beso
 blanco, que connota glamour, escrito en la luz centelleante
 (el placer del ojo en el paraíso de la visión artificial)
 haciendo el reconocimiento de cómo es lo que no es
 hic et nunc, en el Blecker Cinema
 Esta ciudad no existe para mí ni yo existo para ella
 allí, en ese punto en que los tiempos convergen
 bajo la especie de la Duración
 Existe para mí, en cambio, en la medida en que logro destemporalizarla
 desalojarla, por unos contrasegundos, de la convención que marca el reloj
 con sus pasitos de gato en la rutina del living
 Trabajo que Hércules no se soñaba
 en franca competencia con la Meditación Trascendental
 Si yo lo consiguiera, sentiría apoyarse desaprensivamente en mi brazo
 (el de Cary Grant) la mano enguantada
 pronta a desaparecer, de una muerta: Irene Dunne
 –Frisson nouveau– y entre la pantalla y la media luz de la sala
 (borrado ya del tiempo el día de mi partida:
 dos de enero de mil novecientos ochenta y uno)
 Se tocarían (no) como para cualesquiera de los espectadores
 –gatos descongelados en el invierno de Nueva York–
 pasado, presente y futuro
 en una unidad de medida que reúna esos tiempos incompatibles
 para ellos y para mí, pero no para ellos: los veros vecinos de Washington Square.
 A diferencia mía ellos permanecerán, de hecho, en la ciudad, con el aval de sus antepasados
 a quienes, a lo mejor, pusieron en subasta
 por unos centavos
 y que yo mismo adquirí en una barraca.

De una memoria de la que mi memoria se hace cargo
en la borrada fecha del dos de enero, mi cuerpo tomará el avión
para hacer, en los meros hechos, de algunas calles cuyos nombres ya no recuerdo
y de ciertos rincones que nadie volverá a ver
recuerdos sin objeto ni sujeto
Eso en lo que concierne a mi cuerpo, mientras el invisible ciudadano de esos rincones y esas calles
tan innotorio como lo son, al fin y al cabo, entre sí
diez millones de habitantes
seguirá aquí, delegado por la memoria
que llega a la aberración y toma entonces
no sólo la forma de mi sombra:
mi existencia hecha de algo que se le parezca
Ese doble abrirá en mí un hueco que yo mismo no podría llenar
con las anotaciones de mi diario de viajes
No me proporcionará los estímulos a los que necesite responder
cuando me pregunten en mi pueblo por la Megalópolis
Vivirá en mí de ella, simplemente, como el huésped del mesonero
coadyuvando a que mi vida sea
una versión del discours sur le peu de réalité
Porque la realidad estará allí donde ese parásito del ser se pasée gozando de su inanidad
en tanto miseria sonora de estos versos y más allá del lenguaje
y de la vida que me sustraiga mañana cuando como un cuerpo sin la mitad de su alma
despojado del terror que fascina, habite
en cualesquiera de esas medio-ciudades, defectuosas copias de Manhattan
y, por lo tanto, ruinas –nuestros nidos–
antes, después y durante su construcción
algunos de mis puntos de destino
cuando me vaya y no me vaya de aquí.

VIDA

(Epílogo a *Cuaderno de Nueva York*)

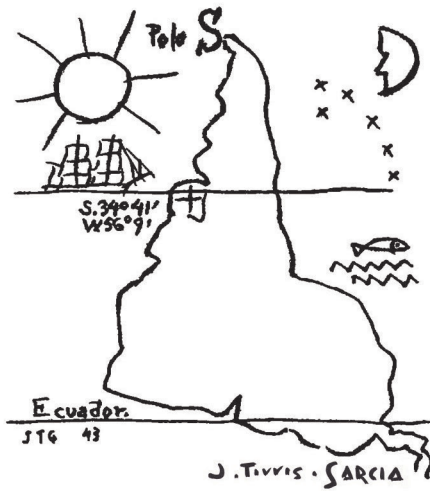
José Hierro

Después de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo,
supe que todo no era más que nada.

Grito «¡Todo!», y el eco dice «¡Nada!».
Grito «¡Nada!», y el eco dice «¡Todo!».
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada).

Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.



AMÉRICA INVERTIDA

aula de poesía - poetry room